algo pretendían claramente se lo dijesen como valientes hombres. Respondieron que eran sus servidores, y que cuando se quisiese partir se lo avisase, que le acompañarían armados por si algo le sucediese con los mexicanos. Dijo que otro día se quería ir y que le proveyesen de gente que llevase el fardaje y que le diesen de comer. Sonriéndose de ello, mandó lo solicitasen porque se quería partir luego. Llamó a los capitanes castellanos, dioles cuenta de lo que pasaba, pidióles parecer, remitiéronse todos a su voluntad, dijo que pensaba castigar bien aquella gente. Lo cual dijo que tenía por cierto que era necesario para que en Mexico tuviesen mayor seguridad. Otro día, creyendo los cholultecas que tenían su juego seguro, bien de mañana llevaban los hombres que se habían de cargar con alguna comida.

CAPÍTULO XL. *Que los cholultecas confiesan que querían matar a los castellanos; y el castigo que Fernando Cortés hizo en ellos*

PORQUE NO USABAN ESTOS INDIOS emprender negocio alguno sin la comunicación de sus dioses, sacrificaron diez niños de tres años, la mitad varones y la mitad hembras; y era particular costumbre suya hacer este sacrificio cuando comenzaban alguna guerra; y si no les sucedía bien daban la culpa a alguna falta que debió de haber en la forma de sacrificar. Pusiéronse los capitanes muy disimulados en cuatro puertas del aposento, por donde los castellanos habían de pasar acompañados de la más gente que pudieron. Fernando Cortés no se descuida de proveer con diligencia a su salud. Había mandado armar la gente, y que los de a caballo estuviesen a punto y los tlaxcaltecas y cempoalles, y dada orden a lo que habían de hacer con la señal de un tiro de escopeta y cuando le parecía que era buena ocasión mandó llamar a los principales cholultecas, diciendo que se quería despedir de ellos; acudieron cuarenta (y entraran más si los dejaran), y porque faltaba el más viejo y más principal, mandó que le llamasen. Dijo en presencia de los embajadores mexicanos que los había amado como amigos y ellos como a enemigo le habían aborrecido, como se había visto en el tratamiento que le habían hecho, habiendo estado su gente muy ordenada y quieta, y que le habían rogado que no entrasen en su tierra los tlaxcaltecas y lo había hecho por darles contento; y que habiéndoles pedido que le tratasen verdad o como valientes le desafiasen si algo dél pretendían, se habían concertado con los mexicanos para matar su gente pensando que no se había de saber; y que por tan grave delito tenía determinado que muriesen todos y asolar su ciudad. Quedaron por un rato mudos y pasmados y volviendo en sí decían: éste es como nuestros dioses, que todo lo saben, no hay para qué negarle nada, y confesaron ser verdad cuanto decía; y apartando cuatro o cinco de ellos, a un cabo preguntó por qué causa querían ejecutar tan mal propósito. Dijeron que

pesaba tanto a Motecuhzuma de su ida a Mexico, que sus embajadores por estorbarla los habían inducido a ello. Pasóse adonde estaban los embajadores y díjoles que los cholultecas decían que a persuasión suya le querían matar por mandado de su rey; pero que no daba crédito a tal cosa de tan gran príncipe a quien tenía por señor y amigo, que por tanto quería castigar aquellos traidores y que ellos no temiesen pues no tenían la culpa. Dieron muy grandes satisfaciones procurando demostrar que no sabían nada.

Mandó Fernando Cortés dar la señal disparando la escopeta. Salieron los soldados tomando de salto a los ciudadanos y muy turbados, como los que aquello no esperaban, hicieron poca resistencia al principio, aunque estaban armados y tenían las calles atajadas; mas después acometieron con ánimo varonil; mataron casi seis mil personas sin tocar a niños ni mujeres (porque así se les ordenó por Cortés). Tenían de tiempos muy atrasados estos cholultecas creído el poder y valor de su gran dios Quetzalcohuatl, y decían que cuando se desollaba u descostraba alguna parte de lo encalado de su templo, manaba por aquella parte agua, y todas las veces que acontecía algo de esto, creyendo ser verdad lo que los viejos decían y por no anegarse, mataban luego niños de dos y tres años y mezclada la sangre de ellos con cal hacían lodo, a manera de zulaque, y tapaban con él aquel descostramento. Estando pues en este engaño dijeron los cholultecas que en nada temían a los tlaxcaltecas ni a los dioses blancos (que eran los castellanos), porque cuando se viesen apretados y acometidos descostrarían las paredes y desportillarían todo lo encalado por donde manasen fuentes con que los anegarían. Con esta ciega confianza se comenzó la pelea sin hacer mucha resistencia; y estando en lo más fuerte de ella y viendo los indios el mal que pasaban y que no se podían librar de las manos de los enemigos pusieron por obra su abuso y descostraron la mayor parte de las paredes del sumptuosísimo templo, pero no salió agua de ellas como ellos pensaban; y turbados de este engaño y viéndose matar sin remedio, comenzaron a combatir con grande fuerza, aunque no les valió nada por ser mucho lo que los afligía la artillería contraria y la priesa de las ballestas. Quemaron todas las casas y torres que resistían. Era la grita de los indios amigos y enemigos tan grande que nunca se vio tal confusión por los muchos cuerpos muertos e incendios; los tlaxcaltecas andaban orgullosos y solícitos en la pelea, y como los nuestros al acometer dijeron Santiago, ellos también lo iban diciendo y de esta manera peleaban. Y de allí les quedó que hoy en día, en hallándose en algún trabajo estos tlaxcaltecas, llaman y apellidan a Santiago. Subiéronse a la torre del templo mayor muchos caballeros, con los sacerdotes defendíanse haciendo daño; ofreciéronles las vidas si se daban; sólo uno acetó el partido y fue bien recibido; a los otros pusieron fuego por lo cual muchos de los que se habían subido allí se arrojaron de la torre, muy osada y atrevidamente, dejándose venir abajo de cabeza, porque así lo tenían de muy antigua costumbre por ser indómitos y contumaces, rebeldes y de cerviz muy dura, teniendo por blasón morir muerte contraria a la de las otras naciones, arrojáronse de cabeza. Finalmente

estos desventurados, no queriendo aceptar el partido de Cortés y de sus capitanes, se despeñaron y mataron muchos. Otros, que no se arrojaron a morir por este modo, murieron quemados en el mismo templo, donde los nuestros pusieron el fuego y los abrasaron. Andaban los ballesteros tirando a los que con el temor se habían subido a los árboles del patio del templo mayor para salvarse; y era de notar cómo los sacerdotes se quejaban de sus dioses, lamentando lo mal que los defendían, y uno, en particular, en lo más alto del templo, decía: Tlaxcalla ahora vengas tu corazón y Motecuhzuma otro día vengará el suyo. Saqueóse mucha parte de la ciudad; tomaron los castellanos el oro y pluma, aunque se halló poco y los indios la ropa y la sal que fue para ellos grandísimo contento y regalo. Llegó volando la nueva de este caso a Tlaxcalla y los señores de la república proveyeron que el capitán general Xicotencatl fuese a socorrer a los amigos con veinte mil soldados que con mucha brevedad llegaron y hicieron su ofrecimiento; y habiéndoselo agradecido Fernando Cortés dio joyas y otras cosas a Xicotencatl y a los capitanes con que se volvieron a Tlaxcalla con mucha satisfación. El contento que en Tlaxcalla se recibía de ver entrar en su ciudad tanto despojo de sus enemigos era de consideración con que triunfaban y no cabían de placer de verse libres del miedo de los rayos y tempestades con que amenazaban los cholultecas que sus dioses habían de matar a los castellanos y a cuantos iban con ellos; y como estaban acostumbrados a regocijar las victorias que en la guerra tenían de sus enemigos y aquéllas nunca las alcanzaban sin sangre y ésta había sido tan a mano salva y tan fuera de su esperanza y dentro de la misma ciudad, sublimaban el valor de los castellanos y estaban contentísimos con su amistad, y esperaban que por su medio se habían de ver vengados de sus enemigos y estaban con mucho ánimo y voluntad para seguirlos en cualquier peligro, porque el provecho que se les seguía no era poco.

Los señores presos con muchas lágrimas pidieron a Fernando Cortés que mandase cesar el castigo, pues que la culpa no era suya sino del rey de Mexico, y que diese licencia para que dos fuesen a ver lo que se había hecho de la gente menuda. Mandó que cesase la mortandad, y al momento se vio levantar a muchos que por escaparse de la muerte estaban echados en tierra entre los muertos, y era tanta el autoridad de dos de los señores de la república, a quien Fernando Cortés dio libertad para que saliesen por la ciudad, que otro día estaba llena de gente y sosegada como si no hubiera sucedido nada. Soltó a los otros señores de la república y a los demás caballeros que tenía presos a ruego de Maxixcatzin y de otros caballeros de Tlaxcalla y Huexotzinco que allí acudieron luego, diciéndoles que tuviesen en mucho que no asolaba la ciudad y los mataba a todos y que en aquella forma acostumbraba siempre de castigar a los traidores. Puso en plática el amistad entre ellos y los tlaxcaltecas para que se volviese al estado en que estaba antes que por inducimiento de los reyes de Mexico fuesen enemigos (como se ha dicho). Y con acuerdo de Fernando Cortés trataron de la elección de nuevo general para que la república estuviese en el estado que primero, porque el que tenían ya era muerto y aquella ciudad

era señoría como Tlaxcalla. Y ordenó Fernando Cortés a los tlaxcaltecas y demás indios amigos que consigo tenía que limpiasen el patio del templo y las calles más cercanas de los cuerpos muertos porque ya hedían.

CAPÍTULO XLI. *Que Motecuhzuma envía a decir a Fernando Cortés que vaya a Mexico y por otra parte le ponen temores, y él se pone en camino y no va por el que los mexicanos le llevaban ni por donde Ixtlilxuchitl le aguardaba; y que los castellanos se le quisieron amotinar, y lo que les dijo*

L CASO SUCEDIDO EN CHOLULLA sonó por la tierra causando gran maravilla; enviaron los señores de Tepeaca a ofrecerse a Cortés con un presente de treinta esclavas y alguna cantidad de oro, con que se confirmaron más los castellanos que dudaban de ir a Mexico en la voluntad de seguir a Fernando Cortés. Y los de Huexotzinco también enviaron un presente de valor de cuatrocientos pesos de oro en joyas, en un tabaquillo de madera, guarnecido de chapas de oro con mucha argentería. Motecuhzuma, que no ignoraba lo que pasaba, con mañas procuraba cuanto podía que Fernando Cortés excusase aquella ida, conociendo que de ella ni gusto ni reputación se le podía seguir y deseaba tener lejos de sí aquella gente extraña. Fernando Cortés, para cuanto se hubiese de hacer, juzgaba que convenía reconocer aquella ciudad, en la cual ya pensaba que era temido con los hechos pasados y fama que corría de la valentía de los suyos; y fue así porque después de esta gran victoria que tuvo en Cholulla, puso grande espanto en toda la tierra que luego corrió por toda ella; y las gentes de ella, admiradas de oír cosas tan nuevas y extrañas, en especial sabiendo que los cholultecas eran vencidos y destruidos en tan breve tiempo, no habiéndoles ayudado en esta guerra su ídolo Quetzalcohuatl, hacían todos muchos y muy grandes sacrificios y ofrendas a sus dioses, pidiéndoles no les sucediese otro tanto a ellos, y con grandes llantos y sentimientos se daban por vencidos de los españoles aun sin haberlos visto; y quejándose de tan súbita desventura levantaban los ojos al cielo sin entender por dónde les viniese tan grande castigo de sus dioses. Y desde entonces vivían con grande cuidado esperando el fin que había de tener la venida de estas gentes barbadas (que así llaman a los nuestros) y escondían sus hijas y mujeres y haciendas en lo más áspero y escondido de la tierra. Dijo (pues) Cortés a los embajadores de Motecuhzuma que no sabía cómo un tan gran príncipe que tantas veces le había hecho certificar que era su amigo procuraba matarle con industria ajena y divertirle su jornada, la cual en ninguna manera pensaba excusar aunque fuese violentamente; y como dijo estas palabras sin la blandura con que solía hablar quedaron admirados; desculpaban a Motecuhzuma; pedíanle que no se enojase; rogáronle que diese licencia a uno de ellos para ir a Mexico, pues el camino era breve y que volvería